

El Mundo, 22 de mayo de 2014

56

EL MUNDO. JUEVES 22 DE MAYO DE 2014

EM2 / CULTURA



El pintor estadounidense Alex Katz, pionero del pop, ante una de las obras de su serie 'Red hat', ayer, en la galería Javier López, en Madrid. / EFE

Exposición / Un artista difícil de ubicar

## «Warhol me robó el sitio en el Pop»

El pintor estadounidense Alex Katz, uno de los pioneros del Pop Art, presenta en Madrid una muestra de obra reciente antes de inaugurar en Viena y en Londres

**ANTONIO LUCAS / Madrid**  
Al pintor estadounidense Alex Katz (Nueva York, 1923) no se le altera el perfil de moneda antigua cuando insiste en que el arte Pop estadounidense comenzó en su taller, en su pintura, en la necesidad de escapar del cerco que las vanguardias y la abstracción habían establecido alrededor de la pintura. «Primero fui yo, apostando por los fondos planos, los colores suaves y la iconografía extraída del cine y la televisión. Después llegaron los demás, Warhol y

Wesselmann, entre otros, a los que influí bastante. Su mérito es que tuvieron más audiencia. Digamos que ellos me robaron el sitio en el Pop, pero qué importa eso ahora».

Alex Katz es un hombre de pocas pulsaciones. Está sentado en los bajos de la fastuosa galería de Javier López, en la urbanización de La Florida (Madrid), donde presenta las obras y bocetos de su última serie de pintura, *Red hat*, hasta el próximo 18 de junio. Trae la cabeza pelada, la nariz severa, los labios gruesos, las

manos secas, rebeca de lana, las piernas cruzadas. Parece un Buda flaco. Mira al frente y cuando piensa se tira de una oreja para dejar caer frases de voz lenta que rompen con la algarabía de pájaros de jardín a media mañana. Presenta en Madrid parte de su trabajo de 2013. Retratos de mujeres tocadas con sombrero (muchos de ellos, a lo largo de su vida, con una sola modelo: su mujer Ada del Moro, a quien comenzó a pintar en 1957).

Son los de Katz retratos que no

buscan parecerse al modelo exactamente, sino establecer el territorio de una mansedumbre hipnótica que tiene tanto de feliz como de enigma. «Para mí el arte es una forma de huida. Una fuga. No me interesa el compromiso político en mi pintura. Quiero que la gente observe y disfrute. De política y de lo inmediato ya hablaban demasiado mis padres. Así que yo opté por hacer otra cosa. No me atrae nada hacer en pintura un discurso social o político», dice.

Sus padres llegaron a Brooklyn

huyendo de la revolución bolchevique al perder la fábrica que regentaban en Rusia. Katz es el resultado de la estampida. Quizá como respuesta a ese apogeo paterno se impuso una calma soberana. Le interesa el mundo, pero más aún le interesa el arte y la soledad en que éste se concreta.

El camino no le fue fácil. En los años 50 y 60 estaba fuera de juego. No era considerado por el público ni por los museos, ni por los coleccio-

«No me interesa el compromiso político y social en la pintura»

nistas, pero eso no fatigó su certeza de querer pintar lo que estaba pintando. No era exactamente ya un pop, ni tampoco un realista. Sus paisajes, escenas cotidianas y retratos estaban en el espacio inconcreto a donde la crítica especializada no llegaba. Nadie sabía ubicarlo en los cajones del simfonier de las escuelas. El viajaba por la pintura a solas. «Creo que ése ha sido mi triunfo. No sometirme a ningún academicismo. Estar lejos de las etiquetas. Aunque también me costó una gran soledad. En mis comienzos sólo tuve una crítica y fue muy mala, pero mi madre la leyó y me dijo: 'Bueno, al fin alguien te

hace caso'». Katz sonrió levemente.

Hoy su obra de gran formato ronda los 450.000 dólares por pieza. Y eso da una cierta tranquilidad. ¿Cómo se enfrenta al trabajo a los 87 años? «Igual que siempre. Nada ha cambiado. Con el mismo vértigo y la misma incertidumbre. Cuando me canso de una serie paso a otra. Y así sucesivamente», explica.

Sabe mantenerse en pie ante las corrientes de jaleadores y de detractores. Siempre ha estado en ese *check point*. Es un artista extraordinariamente fronterizo que da voz a una América feliz, lúdica, serena, burguesa, acaudalada. La semana próxima inaugura otra exposición en el Museo Albertina de Viena y días después en la Tate Modern de Londres. Está en gracia, pero nada de eso parece importarle: «Lo único que sé es que sigo sintiendo el mismo vértigo y los mismos miedos que cuando empecé. Con eso me basta». Y sonríe.